

72 HORAS



KEPA IRIBAR

erein

72
HORAS

51

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del libro, del cómic y de la lectura.



1ª edición: enero de 2025

Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández

Maquetación:
Erein

© Kepa Iribar

Traducción:
Angel Erro

© EREIN. Donostia 2025

ISBN: 978-84-9109-984-0

D.L.: 19-2025

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

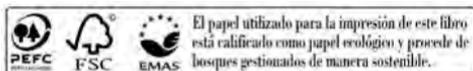
Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net



72 HORAS

KEPA IRIBAR

Traducción

ANGEL ERRO

erein

aita, ama... para vosotros



Azul. El cielo luce completamente azul. Un azul exento de nubes. De esos en los que es imposible ocultarse del sol. Y aprovecha la situación a conciencia, caldeándolo todo sin clemencia. Nuestra mirada se mueve del azul del cielo al mar. Se suele decir que el mar también es azul, pero no siempre es así. Los océanos pueden adoptar multitud de colores, y frente a semejante cielo, el mar se muestra oscuro. Cielo y mar. Y, de pronto, el extremo de un bauprés y, según se va ampliando la panorámica, un envejecido mascarón de madera, cuyo color, si alguna vez lo tuvo, se perdió hace tiempo. A continuación, aparece la proa del propio barco, partiendo las aguas en dos. El casco es negro, a causa de la brea que acostumbraba a darse a las naves en esa época. Las algas y los moluscos que lleva adheridos ralentizan su velocidad. Dispersos sobre cubierta, puede verse a una decena de hombres, vestidos con ropas harapientas. Parecen estar exhaustos. Continuando la

imagen aérea, se ve el barco desde la altura. En los dos mástiles principales hay dos velas desplegadas, cuyas telas se encuentran remendadas aquí y allá, mostrando haber sido reparadas. De pronto, se aprecia la gavia en la parte superior del mástil mayor, donde se sitúa el vigía, con el cometido de mantenerse alerta y otear el horizonte. Pero la persona que la ocupa va medio derrumbada, tensando la cuerda con una mano en busca de seguridad, pero sin fuerzas. A continuación, nos muestran la panorámica desde donde él se encuentra: el azul. Nada más que el cielo azul. De repente, algo cruza por babor que llama su atención. Sus movimientos de reacción no son rápidos, pero le da tiempo a comprobar que se trata de una gaviota, antes de que termine alejándose. De rodillas, colocando una mano sobre los ojos a modo de visera, mira hacia adelante. Más gaviotas. Y de seguido algo que, al principio, se le presenta como una sombra, pero que, mirando con más atención, termina apreciando con más claridad: un barco recogiendo las redes. Y, más allá, tierra. Vemos al marinero ponerse en pie. Quiere estar seguro.

—Tierra —dice casi para sí, de forma imperceptible—. ¡Tierra! —grita, para que le oiga el resto de la tripulación.

En cubierta, un par de hombres se desplazan hacia proa tratando de ver algo en la distancia.

—¡Tierra! —vuelve a gritar girándose hacia donde se encuentra el capitán. Tiene las manos colocadas a ambos lados de la boca, a fin de que se oigan más alto sus

palabras—. ¡Estoy viendo tierra, y también un barco de pesca, señor!

La imagen nos lleva al hombre que conduce la nao. Gobierna el barco con ambas manos. Mantiene bien tensa la vara recta del timón entre sus grandes garras. La piel de sus manos está bronceada por el sol. Cuarteada por el salitre y el viento. También lo está la piel de su rostro, ese tipo de piel que solo tienen los marinos, como si cada milla y cada corriente hubieran dejado su huella. Lleva grabado sobre la piel el mapa de la ruta realizada. El capitán es un hombre esbelto, con el pelo largo hasta los hombros y barba también abundante. Como todos los demás en el barco, evidencia las huellas del cansancio y del hambre, pero es un hombre musculoso. Y desde que ha oído al vigía, una sonrisa se dibuja en su boca. En voz baja, como para que nadie lo escuche, dice:

—Hemos llegado, sabía que lo conseguiríamos. ¡Gracias a Dios, hemos llegado!

La imagen vuelve a coger altura, ascendiendo desde popa y mostrando la parte trasera de la embarcación. En ella se puede leer claramente el nombre de *Victoria*. A continuación, la estela del barco y, otra vez, solamente agua. Por último, la pantalla torna a negro. Queda totalmente a oscuras.

Cuando se encienden las luces de la sala de cine, vuelve a ver a los pocos asistentes allí congregados. Algunos, nada más acabar, una vez visto lo que había que ver, están ya en la puerta de salida prácticamente. Un hombre en la cuarta fila se despereza sin disimulo. Otro sigue con atención los títulos de crédito, mientras escucha la banda sonora hasta su final; siempre aparece alguno así. Él, por su parte, empieza a bajar las escaleras tranquilamente. Coge el teléfono y hace una llamada. Le responden al tercer tono.

—¡Aitor!, no te lo vas a creer, pero justo tenía el teléfono en la mano para llamarte.

—¿Necesitas a alguien para correrte una juerga en fiestas de tu pueblo? ¿Te han abandonado tus amigos? —bromea.

—¡Cállate, bobo! Tenía que llamarte por una cosa de trabajo, pero, bueno, puede que encuentre a un investigador más simpático en Internet.

—Ya te costará... ¿Qué quieres?

—La alcaldesa tiene un trabajillo para ti. ¿Podemos vernos mañana en el ayuntamiento, a las 16:30?

—Sí, allí estaré. ¿Cómo van las fiestas?

—Puf, está siendo una locura. Preparar lo del martes nos consume casi todas las horas del día. Esto también pasará. ¿Para qué me llamas?

—Estoy saliendo del cine. ¿A ver si adivinas qué película he visto!

—A saber, la verdad es que no tengo la cabeza muy despejada estos días.

—He visto *Primus*.

—¡Ah! Yo todavía no he tenido tiempo de verla. Muchos del pueblo ya la han visto.

—Sí, ya me lo imagino. Bueno, hablamos mañana.

—Sí, mejor... Tengo que dejarte, ahora estamos ocupados. Hasta mañana.

Al salir del cine, el tórrido sol del verano casi lo ciega. Mira al cielo y todo está azul.

«¡Los del barco no podían beberse una cerveza fría; yo sí! —piensa—. Así que mañana me voy a Getaria, no es un mal plan».

Y se sienta en una terraza cerca del cine.

Dejar la A-8 y atravesar Zarautz, en agosto, puede ser una aventura capaz de sacar de quicio a cualquiera. Y los primeros días de septiembre, sobre todo si es fin de semana, se convierten en una prolongación de agosto. Es sabido que, en Zarautz, el verano no se acaba hasta que pasan las *Euskal Jaiak* (Fiestas Vascas). Este sábado no es una excepción. Semáforos, coches, extranjeros con tablas de surf... Pero él no tiene prisa, y circula a gusto con la ventanilla completamente bajada. Al pasar junto al pequeño puerto, ve a mucha gente saltando, de la cucaña unos, desde el trampolín otros... Es verano, tiempo de disfrute para la mayoría; especialmente para niños, adolescentes y jóvenes. Es época

vacacional. La recta final. Él también tiene gratos recuerdos de los ya lejanos veranos de su infancia. En la actualidad, con 40 años, siente que ha pasado una eternidad. Le agrada conducir por esta carretera de la costa, le parece viajar sobre el mar. Y cuando de pronto surge la vista de Getaria, siempre lo pilla por sorpresa. Cuando años atrás, también entonces por temas laborales, llegó allí por primera vez, le pareció una imagen de postal. Posteriormente pudo comprobar que esa imagen de Getaria tomada desde Zarautz se utiliza con frecuencia con ese fin. Lo que ha cambiado desde aquella ocasión es su estado de ánimo. La primera vez que atravesó aquella carretera de costa iba huyendo. Se trataba sobre todo de una huida interior, para lo que tuvo que hacerla manifiesta exteriormente. Huía de un terrible suceso. Él había nacido en el extranjero, en los Países Bajos. Su difunta madre se quedó embarazada, por sorpresa, de muy joven. En su casa no se lo tomaron bien, y se marchó. Dejó Euskal Herria y emigró a Europa. Acabó en los Países Bajos, en Ámsterdam. Allí rehízo su vida. Él, cuando acabó los estudios, ingresó en la policía. Luego vino la muerte de su madre. Fue duro quedarse solo. Y pocos años después, el segundo golpe terrible de su vida: su compañero, que también era su mejor amigo, fue asesinado en el curso de la investigación de un caso. Ocurrió hace tres años. Fue un suceso devastador para él. Entonces, tratando de superar aquella pérdida, emprendió el viaje contrario al de su madre. La huida estaba muy presente en su vida. Llegó a

San Sebastián, a casa de su tío, hermano de su madre. Él lo recogió y lo protegió Y lo puso a trabajar junto a él como investigador privado. Cuando su tío se jubiló, él siguió solo con el negocio. Y con el tiempo, aprendió a vivir con aquel desgraciado suceso. Pero cada vez que viaja por esa carretera se acuerda de aquella primera vez. Afortunadamente, aquel recuerdo le causa cada vez un dolor más liviano. Señal de que va interiorizando el duelo por la muerte de su amigo.

A fin de que desarrollara una relación afectiva con la tierra de su madre, su tío, cada vez que iba a visitarlo a los Países Bajos, le llevaba algún disco de música vasca. Suele acordarse de uno en concreto cada vez que pasa por ese tramo de la carretera: «...*kostako bidean... zorion butsa...*», que cantaba Zarama, en su habitación de adolescente en Ámsterdam.

Lo primero que se ve es el monte San Antón, con forma de ratón, según algunos, pero también con silueta de ballena, según muchos otros. Para los lugareños, simplemente, *San Antoko mendiya*, el monte San Antón. Pegado a él, el pueblo, presidido por el campanario de la iglesia y, por fin, el monumento a Elcano. No es de extrañar que quien lo contempla por primera vez se detenga un momento para sacar una foto. También ahora, a su llegada, es lo que están haciendo unos con aspecto de extranjeros.

«¿Cuántas fotos se habrán sacado a este monumento?», piensa para sus adentros, mientras está parado ante el semáforo en rojo.

Entre todas las que ha visto, a Aitor le gusta especialmente una: la del maratón de Zarautz de 1967. En ella, el gran atleta Abebe Bikila cruza Getaria corriendo. Era doble campeón olímpico en maratón, en Roma y en Tokio. Nada menos que el primer africano en hacerse con una medalla de oro en unos Juegos Olímpicos pasó corriendo por delante de aquel monumento. No pudo acabar la carrera, una caída se lo impidió. Lo que Aitor no sabe es que existe una conexión entre el corredor etíope y su actual misión, aunque se trate de una mera coincidencia: el «Desembarco de Juan Sebastián Elcano», que se celebra cada cuatro años en Getaria y que suele ser el 7 de agosto, la misma fecha en que nació Abebe Bikila. Si bien este año se hará una excepción y se celebrará el 6 de septiembre, el día en que se cumplen los 500 años de la vuelta al mundo de Elcano. Dentro de tres días.

El detective observa la bahía. Le parece tan hermosa como siempre. Primero contempla la playa de Malkorbe. A continuación, sus ojos se escapan hacia el mar. Está totalmente en calma. Ve a gente bañándose. Algunos reman tranquilamente, montados en grandes tablas SUP. El puerto se encuentra bajo la protección del monte San Antón. Allí están amarrados los pesqueros. En ese momento está entrando al muelle un hermoso velero. El que lo guía coge la radio:

—*Bonjour*, aquí el buque Brise. Tenemos una avería y necesitamos un espacio para atracar, cambio.

—Aquí, el Puerto Deportivo de Getaria. Tienen sitio en el pantalán exterior.

Los que están pescando con caña ven pasar el velero desde el muelle.

Getaria tiene el aspecto de siempre.

En verano, aparcar en los pueblos costeros se convierte en una odisea, situación que se agrava si coincide con las fiestas. Con motivo del quinto centenario y bajo el lema «*Bostekoa munduari*», (Un apretón de manos al mundo), se ha organizado un programa de cinco días. Finalmente consigue aparcar el coche, y se encamina hacia el ayuntamiento. En el frontón, hay hinchables a pleno sol, pero la chiquillería está a gusto. Una música atronadora acompaña sus juegos. Aitor piensa en sí, ciertamente, los chavales necesitan de todo ese ruido. En la plaza, frente al ayuntamiento, está Idoia esperándolo. La saluda con la mano.

Se conocieron con motivo del caso que trajo a Aitor a Getaria hace tres años. Casi inmediatamente surgió la amistad entre ellos, a pesar de que ella tuvo que vivir una situación terrible en relación con el caso: la muerte de su padre. Quizás por eso precisamente surgió una conexión entre ambos, ya que se conocieron en un momento en que a los dos les tocó vivir la pérdida de una persona cercana. El hecho de tener la misma edad también contribuyó a esa buena relación. Idoia es enfermera de profesión. También es concejala en el ayuntamiento, por lo que ha tenido que coger unos días de vacaciones, ya que todo lo que se

refiere al Desembarco, requiere mucho tiempo. A Aitor le agrada volver a Getaria. En este pequeño pueblo de pescadores encuentra una manera de escapar de su rutina como investigador privado. Le parece muy interesante el trato más cercano que se crea entre los vecinos, algo que no ha conocido en Ámsterdam ni en San Sebastián. Idoia, por su parte, recibe con alegría la visita de alguien de fuera de su círculo de amigos y conocidos del pueblo, la visita de un amigo que le aporta nuevos temas de conversación.

—¿Qué te ha parecido la película? —le pregunta ella.

—Un buen entretenimiento. Ya sabes, los americanos saben hacer películas de aventuras: hermosos barcos, paisajes maravillosos, acción sin parar... No sé si los hechos históricos son correctos, pero yo la vi a gusto.

—He oído de todo entre los vecinos.

Primus se ha estrenado hace poco. Narra el viaje que inició el capitán portugués Magallanes y que concluyó Juan Sebastián Elcano, y que al final se convirtió en una vuelta al mundo. El título hace referencia a esa cualidad de primera vez, a la frase que el rey Carlos I de España mandó inscribir en el escudo del marino de Getaria: «*Primus Circumdedisti Me*», (El primero que me dio la vuelta). Un castillo en el centro; bajo él, diferentes especias, y en la parte superior, alrededor del globo terráqueo, la divisa en latín. Este escudo y una renta de 500 ducados de oro al año es lo que el rey le prometió al capitán de Getaria.

Como ha leído Aitor, no se trataba de un monarca cualquiera, era el emperador: además de ser rey de España, era la cabeza del Santo Imperio Romano de Germania, con el nombre de Carlos V. Hijo de Juana «la Loca» y de Felipe «el Hermoso». El rey Carlos dispuso aquel viaje, pensando en hallar una nueva ruta para llegar a las islas de las especias, sin necesidad de atravesar aguas portuguesas. El 6 de septiembre se cumplirán quinientos años de la llegada al puerto del único barco que quedó de aquella aventura naval. Y Hollywood ha aprovechado la efeméride para hacer una película. Quien interpreta a Elcano es Robert Coffey, un conocido actor. En los últimos años está en la cresta de la ola, con películas de grandes presupuestos, y protagonizando multitud de *blockbusters*. Y, para promocionar la película, el próximo martes estará en Getaria para presenciar el Desembarco. Este verano se encuentra de gira por Europa, y a la productora le pareció una buena idea que el actor principal acudiera al lugar donde se reúnen miles de personas para recordar a Elcano. Por supuesto, habrá cientos de cámaras de televisión y de fotógrafos. Él ha aceptado complacido; le atrae la idea de conocer la tierra natal del marino.

—Aquí está vuestro hombre —dice Aitor, mirando la estatua conmemorativa de Elcano en la plaza del pueblo.

—¡Sí, quién iba a decirle a él que daría tanto trabajo quinientos años después de finalizar su viaje! —le responde Idoia con una sonrisa.

—¿Qué hacéis a estas horas en la oficina?

—Estamos desbordados de trabajo. Además, un mensajero de una compañía de transportes va a traer un paquete para Maite, que ha de entregarle en mano a las cinco de la tarde.

—¡Madre mía, qué exactitud!

Entran en el ayuntamiento y suben las escaleras hasta el despacho de la alcaldesa. Este es el primer mandato de Maite Albisu y entre sus concejales está Idoia. Ya conoce a Aitor. Tras saludarse, los tres se sientan en torno a la mesa. Es Maite quien habla.

—Ya sabes, el martes es el quinto centenario, el Desembarco y todo eso... Tendremos muchos actos especiales y necesitaríamos tu ayuda.

—Soy todo oídos.

Idoia toma la palabra.

—En la época en que vivía Elcano no estaba muy extendida la costumbre de conservar documentos escritos. Por eso, no disponemos de mucha información sobre su persona. Del viaje que hicieron, por ejemplo, hasta hace pocos años apenas había nada, sólo el testimonio de un escribano italiano que llevaban a bordo: se llamaba Pigafetta, y apenas menciona a Elcano. Además de este, estaba Francisco Albo, contramaestre de la nao Trinidad, que describió con gran detalle la ruta marítima del viaje. En 2016, en la Torre Laurgain de Aia, fueron hallados ciertos documentos manuscritos del propio Elcano, entre ellos una

misiva al monarca, pero no disponemos de mucho más. Sin embargo, hace cuatro años, en un palacio de Sevilla, se hizo un gran descubrimiento: la crónica completa del viaje escrita de puño y letra por el propio Elcano, un diario. Al parecer, algún noble antepasado de aquella familia se lo pidió antes de emprender el viaje, y Elcano lo hizo. Posteriormente, el documento desapareció. Hasta que, en una de las casas de esa misma familia, apareció entre antiguos legajos. Esta familia, antes pudiente, tenía problemas de dinero y, nada más encontrarlo, y a pesar de los esfuerzos de las instituciones públicas españolas y vascas por hacerse con él, lo vendieron en una subasta privada.

Maite retoma la palabra.

—Fue vendido en una casa de subastas de Londres. Y lo compró un magnate escocés por dos millones de euros.

Aitor pone cara de sorprendido. Idoia continúa:

—La cuestión es que, no sabemos cómo, pero el Gobierno Vasco ha conseguido que el mencionado escocés, de la familia McStay, ceda el documento para su exhibición durante el Desembarco del martes. Cuando termine la representación, se ofrecerá un lunch a todos los invitados en el salón de actos del ayuntamiento, donde, además, se podrá ver el documento. Y seguidamente, y durante un par de horas, los ciudadanos también tendrán la oportunidad de poder hacerlo. En dos palabras, quisiéramos que estuvieras al lado del documento, de forma discreta, durante todo el tiempo que dure el programa, para evitar que suceda nada.

—Aitor, la Ertzaintza nos ha dicho que pondrá a dos agentes a la entrada de la sala, pero yo quiero a alguien junto al documento. No me gustaría que nuestro pueblo quedara en ridículo si se deteriorase, se rompiese o vete a saber qué. Y, por supuesto..., no disponemos de mucho presupuesto para pagarte!

Aitor se ríe.

—Tranquilas por esa parte. Es septiembre y estoy medio de vacaciones. Si Idoia me da refugio en su casa durante un par de días, lo consideraré una escapadita vacacional. A mí también me gustaría ver de cerca ese texto de Elcano.

—Muy bien —dice Maite—. Una preocupación menos.

Llaman a la puerta. Idoia mira el reloj del móvil y ve que faltan dos minutos para las cinco.

—Será tu mensajero.

Abre la puerta y entra un joven con un uniforme naranja y un sobre en la mano. Él también consulta la hora en el móvil.

—Yo soy Maite, deme el paquete.

—Disculpe, pero las órdenes son muy precisas: a las 5 en punto.

Los tres se quedan sorprendidos. Al primer toque de las campanas, cambian los dígitos en los móviles de todos los presentes. El joven entrega el sobre, solicita que firmen el comprobante de entrega, y se marcha. Conforme sale, hace una llamada telefónica:

—Buenas tardes, sobre entregado... Sí, señor, se lo he entregado a la alcaldesa en mano... A las 5 en punto.

Maite, cuando abre y lee el contenido del sobre, se queda lívida, sin poder articular palabra.

Idoia y Aitor se miran.

—¿Qué te pasa? —le pregunta la concejala.

La alcaldesa les muestra el folio que venía en el interior del sobre.

In 72 hours
I'll kill
Robert Coffey

—«Dentro de 72 horas mataré a Robert Coffey» —traduce Idoia.

—Todas las preocupaciones que teníamos hasta ahora han quedado pequeñas.